

*En aquel tiempo, habiendo expulsado Jesús a un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios». Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, da vueltas por lugares áridos, buscando un sitio para descansar, y, al no encontrarlo, dice: “Volveré a mi casa de donde salí”. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio».*

Hoy, en el Evangelio según San Lucas, nos encontramos con un pasaje en el que Jesús realiza un poderoso milagro al expulsar a un demonio de un hombre mudo. Sin embargo, en lugar de reconocer el poder de Dios en este acto milagroso, algunos de los presentes lo acusan de expulsar demonios con el poder de Belcebú.

Este pasaje nos recuerda la importancia de discernir la verdadera fuente del poder en nuestras vidas. Jesús nos muestra que su poder proviene de Dios y que sus obras son un testimonio de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotros.

En nuestras vidas, a menudo enfrentamos desafíos, luchas y tentaciones que pueden parecer abrumadoras. Podemos sentirnos mudos espiritualmente, incapaces de expresar nuestra fe y enfrentar estas situaciones. Sin embargo, como Jesús expulsó al demonio y devolvió la voz al hombre, también puede liberarnos de las ataduras espirituales que nos impiden vivir plenamente como hijos de Dios.

Es fundamental que no nos dejemos llevar por la incredulidad o el cinismo, como aquellos que acusaron a Jesús. En cambio, debemos confiar en el poder de Dios y buscar su ayuda en nuestras luchas y desafíos diarios. A través de la oración y la confianza en Jesús, podemos superar las dificultades y experimentar la liberación espiritual.

Pidamos a la Virgen María que nos inspire a reconocer a Jesús como el Señor de nuestra vida, y a buscar su poder y su gracia para superar los obstáculos que enfrentamos cada día.